

Elegía, una novela de despedida



Lic. Isabel Del Valle

Licenciada en Letras

Philip Roth nos cuenta la vida de un neoyorquino anónimo, ya jubilado, desde sus primeros años hasta su entierro, pasando por aquellas estaciones claves que conforman el derrotero biográfico de cualquier persona: una exitosa carrera profesional como creativo publicitario en New York, los matrimonios fallidos, los vínculos con los hijos de las distintas uniones, los valores familiares, la relación ambivalente con su hermano, las amantes, los sueños artísticos incumplidos, una notable pulsión sexual como expresión perfecta de vitalidad...Una vida de standarizados éxitos y fracasos.

El autor recorre esos distintos momentos biográficos haciendo pié en aquellos eslabones en los que la muerte hizo acto de presencia en la vida del protagonista, ya sea solapadamente como, cuando de niño, durante un veraneo familiar, la descubrió escondida en el hinchado vientre del ahogado arrojado a la playa, o la noche en la que, entre sueños, la sintió taconear por los pasillos del hospital donde estaba internado...

Con los años, la muerte de sus pares empezaría a hacer sombra a su propia vida, hasta llegar al enfrentamiento despiadado, cara a cara, con la propia finitud cuando la enfermedad cardíaca decidió empezar a bajarle el dedo a su impulso vital.

A los nueve años, la muerte se convertiría en un episodio memorable cuando, de madrugada y en puntas de pié, hizo su entrada formal en la sala de hospital para llevarse a su compañero. Cuando despertó, supo, a pesar del disimulado empeño de los



biombos, que el niño de la cama de al lado había muerto.

Allí descubrió también que la muerte no se dedicaba únicamente al mundo de los mayores. Hasta entonces nunca había pensado en ella; si lo hubiera hecho, le habría asignado un contingente de ancianos donde saciarse.

Esa madrugada tan lejana en el almanaque sería, a través de los años, uno de sus recuerdos más vívidos.

El rostro imaginario de aquel niño al que casi no vio, reaparecería una y otra vez en su memoria de adulto. Tal vez haya sido la imagen que más lo haya acompañado en su vida.

“El primer muerto en su vida fue aquel cadáver hinchado; el segundo, el muchacho de la cama vecina”.

A pesar de las escaramuzas, esos encuentros inesperados con la muerte ajena fueron tallando en él la sensación de *vulnerabilidad*. Además empezaría a convivir con la paradoja de “... *que naces para vivir y en cambio, te mueres*”.

Varios episodios familiares de fragilidad física pusieron lo suyo para que no pudiera sacarse de la cabeza la idea de que algún daño le estaría preasignado.

Una noche cualquiera, tan cualquier que sería imposible olvidar, en medio de un mes dado al disfrute, de sexo despreocupado con la mujer indicada en una casa de la playa, sintió miedo. La negrura del mar, la opulencia de estrellas y el frenesí del oleaje hubieran podido embriagar a cualquier espíritu, pero para él, se habían convertido en una pesadilla de negrura y de amenazante inmensidad. No podía saber

qué le producía tanto temor.

Como si la inmensidad de la nada le preanunciara otra forma de inmensidad nunca experimentada pero sí, temida. El impreciso recuerdo de un remoto futuro que, alguna vez, será presente.

“La profundidad de las estrellas le hablaba sin ambigüedad de que estaba condenado a morir.”

Siempre había pensado que existiría una edad adecuada para empezar a preocuparse por la propia desaparición. Claramente todavía no tenía por qué sentirse inseguro con el propio cuerpo. Su vida transcurría apartada del fantasma de la enfermedad y el deterioro.

Sin embargo el constante zumbido de la caducidad lo atormentaba.

“¿Por qué a su edad debían acosarle pensamientos sobre la muerte?... ya habrá tiempo para angustiarse por la catástrofe definitiva...”

En una de sus tantas idas a New Jersey, lo sorprendió una angustiante falta de aire. Como por esos días su padre había sido internado, le fue fácil culpar a la noticia de su malestar. Nada le hacía pensar que, a partir de entonces, el corazón entraría en escena para despojarlo de lo que él siempre había llamado “mi vida”.

Durante su infancia, solía acompañar a su padre a la relojería familiar que tenían en los suburbios judíos de New York. Pasaba horas ordenando y repitiendo de memoria las marcas de relojes caros. Quizás disfrutaba del ilusorio poder de tener el tiempo encerrado en un pequeño cofre y controlar su marcha pautada, precisa,

previsible.

A pesar de ese deleite por la precisión mecánica, nunca el ritmo propio de su corazón había sido motivo de curiosidad ni preocupación.

Impensable,... ¿él, con una enfermedad cardíaca? Si nunca había fumado, apenas bebido ...sería absurdo que fuera él, candidato a una angioplastia.

Pero, ya en la habitación de un hospital de Manhattan y lleno de cables, se sintió al menos por un momento, el niño de la cama vecina.

Su hermano vino a visitarlo. No podía entender cómo hacía ese hombre para

mantener semejante fortaleza física y anímica teniendo al padre y al hermano enfermos. Seguramente Howie no tenía incrustada del lado de adentro de la mirada, el relieve pétreo del niño esculpido bajo las sábanas.

Superado este evento que lo había agarrado desprevenido, se dispuso a retomar, poco a poco, su vida de siempre, confiado en que todo volvería a ser como antes. Nunca hubiera imaginado que la cardiopatía se ensañaría con él de la forma en que lo hizo. De ahí en más, su cuerpo se independizaría y cobraría vida propia, como un colosal adolescente rebelde que de un puñetazo arremete por aquí, golpea por allá, destruyendo todo lo que hasta entonces le pertenecía.

“... de la noche a la mañana había pasado de ser un hombre rebosante de salud a uno que la perdía de un modo inexplicable.”

Con la misma parsimonia y convicción con la que se aleja un barco de la costa, así veía marcharse su vida de todos los días. No sabía bien si era él mismo o su realidad cotidiana la que se movía, pero la sensación de distanciamiento era cada vez mayor.

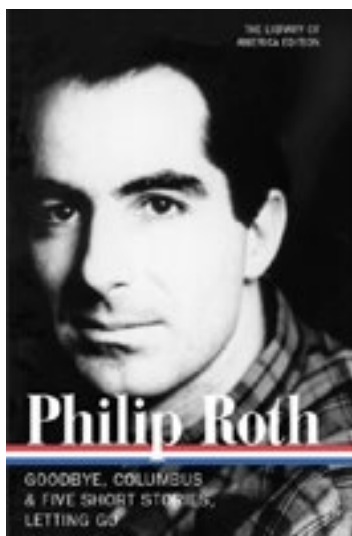
Todo lo que había sido comenzaba a quedar arrumbado en los caprichosos márgenes de la enfermedad. Sus afectos también se vieron comprometidos. Si bien necesitaba la mullida contención de los vínculos cercanos, la promiscua convivencia con la enfermedad fue despertando en él sentimientos contradictorios.

Así llegó a odiar a su entrañable Howie, su confidente, su gran soporte. Su fortaleza y buena salud se habían convertido en un inconfesable motivo de envidia.

Howie desconocía la debilidad, el deterioro, la inseguridad. El podía seguir siendo ese poderoso hombre de negocios, que subía y bajaba de los aviones, apto para las mujeres, libre de temores y servidumbres.

¿Cómo aceptar que de toda aquella herencia biológica a él nada le haya tocado? Entendía que Howie no tenía la culpa de semejante don, pero él tampoco, de semejante castigo. Sin embargo no se resignaba a aceptar que el enigma de la desigualdad y la desgracia se haya jugado tan en contra suya.

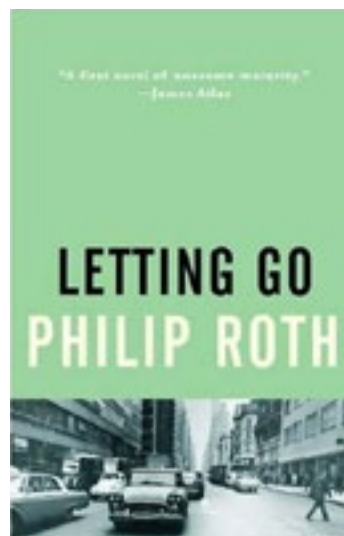
Así como en sus días exitosos de publicista solía despojarse de sus pertenencias cada vez que transitaba por la zona de migraciones en los aeropuertos, ahora la enfermedad lo obligaba a despojarse de diversos aspectos de sí. Uno de ellos era su entrañable afición por las mujeres. Nunca le había temblado el pulso a la hora de la conquista.



"Goodbye, Columbus & five short stories, letting go" por Philip Roth



"Indignation" por Philip Roth



"Letting Go" por Philip Roth

A pesar de los embates físicos, su apetito erótico sobrevivía; sin embargo cuando alguna hebra de ese impulso vital amagaba asomar, las alarmas de debilidad y de la inseguridad se encargaban de recordarle que ya no era el mismo. De inmediato, esa incipiente motivación se volvía frustración.

"¿No se avergonzaba de aquello en lo que se había convertido? Los cambios físicos, la disminución de la virilidad, los cambios que habían contraído su cuerpo y lo habían deformado."

"...tenía que esforzarse por impedir que su mente lo saboteara con su ávida revisión del pasado pletórico."

Angioplastias, stents, cardiodesfibrilador... todo un arsenal de artilugios tecnológicos diseñados para evitar el derrumbe, prometían restituirlo a una vida sin impedimentos ni incapacidades, pero nunca lograron devolverle la confianza. Había momentos en los que se desconocía; en otros, hasta llegaba a odiarse.

Le costaba reconocer que ese cuerpo

ajado, surcado desprolijamente por los garabatos del bisturí, pudiera pertenecer a alguien que respondiera a su nombre.

"...esto, en vez de terminar, ahora continuaba; ahora no pasaba un año sin que tuviera que ingresar al hospital. Hijo de padres longevos, hermano de un hombre mayor en muy buena forma, su cuerpo parecía constantemente amenazado. Se había casado tres veces, había tenido mujeres, hijos, un trabajo interesante, pero ahora eludir la muerte parecía haberse convertido en el asunto central de su vida y la decadencia física en toda su historia."

La cardiopatía fue convirtiendo su biografía en historia clínica, a punto tal que a veces pensaba, que si alguna vez decidiera escribir la historia de su vida, la llamaría *Vida y muerte de un cuerpo masculino*.

"Es imposible cambiar la realidad. Debes tomarla como viene" se decía una y otra vez en un frustrado ensayo de estoicismo.

Su sufrimiento era silencioso, oculto. Nada hallaba en él que, al menos, le confiriera alguna forma de grandeza. No se trataba sino del mísero derrumbe de un hombre poderoso.

“Todas esas intervenciones y hospitalizaciones lo habían ido convirtiendo en un hombre más solitario y menos seguro de sí mismo. (...) Incluso aquella paz y tranquilidad que tanto apreciaba parecían transformarse en una forma de confinamiento...”

No sólo su enfermedad lo exilió de su vida habitual; sus amigos empezaron a emprender la retirada por su propia cuenta.

De a poco, su mundo se empezó a poblar de ausencias. Todo parecía dispuesto de dejarlo... los pares, el cuerpo, las mujeres, el dinero, las certezas...

La soledad le estrujaba la carne hasta hacerla crujir, y lo volvía más niño, más temeroso, más vulnerable. Así, cada día de vida no era sino en un magro día de supervivencia, envuelto en la nostálgica bruma de la plenitud pasada.

Su vida se convirtió en una gran ronda de despedida.

En cada nueva ausencia, él veía reflejado el rostro del niño de la cama de al lado. En aquel lejano verano infantil, el ahogado le enseñó que la vida era una marcha progresiva hacia esa nulidad inmóvil que acunaba la desaparición absoluta.

Y en el medio, la vejez como peaje infranqueable.

“La vejez es una batalla implacable que se da precisamente cuando estás más débil y eres menos capaz de invocar tu espíritu de lucha.”

Elegía es un periplo narrativo por la vida de un hombre sin nombre, en el que se instala la tragedia más cotidiana y a la vez más aterradora de la existencia: la despiadada toma de conciencia de quien sabe que cada minuto de vida contiene el germen de la propia desaparición.

Muestra el enfrentamiento con la muerte y los diversos caminos que conducen a ella: la enfermedad, el deterioro, el envejecimiento, la vulnerabilidad, la dependencia, el desmoronamiento de lo que había conformado la propia vida.

Este Vía Crucis biológico y emocional no sólo tiene que ver con las huellas físicas del tiempo en el cuerpo, sino también con la lenta pero inexorable desaparición del mundo de pertenencia. Un mundo al que van abandonando los viejos paisajes del escenario personal, los compañeros de existencia, las pasiones, el poder, los amores... todo aquello que un día lo fue todo. En otro plano de lectura, simboliza el conflicto solitario del hombre -varón-contemporáneo que deja de ser útil a la vida productiva y dinámica tal como lo exige la vida urbana de los países desarrollados.

En este hombre anónimo y universal se representa la condición de los seres percederos.

Elegía es una novela de despedida. Es la puesta en palabras de una biografía en desintegración.